
Ignacio Manuel Altamirano y la fiesta de Guadalupe

Rodrigo Martínez Baracs

I

El 12 de diciembre de 1880, día de la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, el insigne escritor liberal Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), consagrado como el Maestro, adoptó el pseudónimo de Espinel para publicar en su diario *La República*, dedicado a la defensa de los trabajadores, una ácida crónica titulada “La fiesta de Guadalupe”,¹ sobre la celebración de la fiesta de la Virgen en la Villa de Guadalupe, vista como una gran orgía guadalupana y su culto como la gran idolatría nacional, que une a todos los grupos sociales, étnicos y políticos del país. Así comienza el artículo:

Hoy se celebra una gran fiesta en la capital de la República, una de las mayores fiestas del catolicismo mexicano, la primera seguramente por su popularidad, por su universalidad, puesto que en ella toman parte igualmente los indios que la *gente de razón*. Juan Diego y don Quijote, Martín Garatuzza y Guzmán de Alfarache. Todos se entusiasman del mismo modo; todos poseídos de una piedad sin ejemplo, van hoy a la *villa* a rezar a la Virgen, a comer *chito* con salsa borracha, en el venturoso cerro de Tepeyac, a beber el blanco néctar de los Llanos de Apam

y a abandonarse después a los furores sagrados de la orgía guadalupana. [...]

Positivamente, el que quiera ver y estudiar un cuadro auténtico de la vida mexicana, el que quiera conocer una de las tradiciones más constantes de nuestro pueblo, no tiene más que tomar un coche del ferrocarril urbano que sale de la Plaza de Armas cada diez minutos. [...]

Allí están todas las razas de la antigua colonia, todas las clases de la nueva República, todas las castas que viven en nuestra democracia, todos los trajes de nuestra civilización, todas las opiniones de nuestra política, todas las variedades del vicio y todas las máscaras de la virtud, en México.

Nadie se exceptúa y nadie se distingue: es la igualdad ante la Virgen; es la idolatría nacional.

Más adelante, Altamirano describe el desarrollo de la fiesta, ya desde entonces con la participación de los conocidos *danzantes*:

Después de la misa de doce, solemnísima, con acompañamiento de orquesta, a veces celebrada de *pontifical* y con asistencia, por supuesto, de los canónigos de la colegiata y del abad venerado de Guadalupe, durante la cual bailan en el centro de la iglesia de Guadalupe, sus danzas, los indígenas, vestidos

con los curiosos paramentos de la época antigua, es decir, con penachos de plumas y con trajes fantásticos de colores chillantes; después de la comunión y de otras ceremonias interesantes del culto, la muchedumbre, dejando su lugar a otra y a otra que ocupan todo el día la iglesia, sale, se dispersa por las callejas del pueblo o villa que tradicionalmente se llama *Villa de Guadalupe*, y que oficialmente ha recibido el nombre de *Dolores Hidalgo*, nombre que, entre paréntesis, no ha pegado, y o regresa a México, o trepa en los cerros de Tepeyac con el objeto de almorzar al uso del día, es decir, carne de chivo, *chito* como la llama la gente, salsa de chile rojo con pulque, llamada vulgarmente *salsa borracha*, remojada todavía con abundantes libaciones de pulque.

A las seis de la tarde, todo este mundo de peregrinos se halla en un estado igual al de la salsa, y la Santa Virgen presencia abominaciones y crímenes que son comunes en las fiestas religiosas de México.

En los días subsiguientes, la ciudad santa de Guadalupe que, como todas las ciudades santas y focos de devoción, es un lugarejo triste y desolado, no presenta de notable más que el inmenso basurero en que le deja convertida la devoción de los fieles mexicanos.

Pocos días después de publicada "La fiesta de Guadalupe" de Altamirano, le hizo eco el romance satírico "Nuestra Señora de Guadalupe", que su amigo Guillermo Prieto (1818-1897) publicó en el mismo periódico *La República*, dirigido en 1880 por el propio Altamirano. Así empieza el romance: "La Villa de Guadalupe / de gente se desparrama, / el perro va dando gritos, / se hacen rajas las campanas; / por donde un tambor no suena, / es que diez pelados cantan; / donde el arpa no figura / es que luce la guitarra, / y donde el pistón no chista / es porque privan las flautas. / Los perros tétano sufren; / los muchachos tienen rabia; todos los dientes devoran; todas las lenguas trabajan. / Las manos que no acarician / es que tiran de pedradas; / es un río caudaloso / cada una de las calzadas..." El romance de Guillermo Prieto

concluye burlón: "¡Qué gusto, qué regocijo!, / al fin venciste, fe santa, / por más que hacen los herejes, / la religión no se acaba."²

Al final de su artículo, Altamirano prometió publicar una continuación para profundizar sobre el tema de la fiesta de Guadalupe: "Lo que es la Virgen, lo que es el templo, lo que es la tradición y lo que es la historia, será explicado en el artículo siguiente, porque es asunto largo, instructivo e interesante."

Altamirano, sin embargo, no publicó la anunciada continuación de "La fiesta de Guadalupe" en *La República*, ni en ningún otro periódico. Sin duda el asunto era tan "largo, instructivo e interesante" que no podía caber en otro breve artículo. Altamirano no abandonó el tema hasta que concluyó, tres años después, un extenso estudio histórico de 280 páginas, todo un libro, que incluyó como capítulo décimo y final, abarcando más de la mitad de su compilación, *Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México*, publicada en México en 1884.³

Altamirano rompió la máscara del pseudónimo Espinel del artículo de 1880, al explicar en una nota al final de su estudio de 1884: "El artículo que sirve de introducción se publicó el 12 de diciembre de 1880 en el periódico *La República*, y el presente estudio se imprime por la primera vez hoy." Con esta nota Altamirano quiso también dejar asentado que, aparte de la Introducción, publicada en 1880, el resto del estudio no fue publicado en periódico alguno antes de su inclusión en *Paisajes y leyendas*. El hecho de que Altamirano no publicara previamente su estudio grande sobre *La fiesta de Guadalupe* como una serie de artículos, como lo hizo en otros temas, es indicativo de que el asunto era tan complejo que impedía la redacción de las partes antes de tener una visión de conjunto, particularmente en lo que se refiere a los inicios del culto guadalupano.

El año de 1880 fue particularmente rico en publicaciones de Ignacio Manuel Altamirano. Fue su año más prolífico como articulista político para *La República*,⁴ en donde asimismo publicó varios estudios literarios, históricos y sobre tradiciones populares mexicanas (algunos de los cuales incluiría en la primera serie de sus

Paisajes y leyendas, que no continuó con la segunda y tercera serie proyectadas). La conclusión de su estudio sobre *La fiesta de Guadalupe* acaso se retrasó debido a que durante los dos años siguientes, 1881 y 1882, Altamirano se concentró en la publicación de una extensa historia política del siglo XIX mexicano, que publicó en Nueva York en 1883 con el título de *Revista histórica y política (1821-1882)*, complementada por una *Revista literaria y bibliográfica (1867-1882)*, una *Revista artística y monumental* y otros estudios.⁵

Moisés Ochoa Campos destacó la coincidencia de la muerte en 1883 de Karl Marx y de la publicación de la *Revista histórica y política* de Altamirano, pues este estudio sobre el siglo XIX mexicano es “la primera historia de México con interpretación clasista”. De modo que Altamirano, que pasó del liberalismo romántico al científico y de éste al “liberalismo social”, según Ochoa Campos, fue “el primer historiador mexicano moderno imbuido de sentido social y que concibe la lucha de clases como motor de la historia”, gracias a lo cual pudo observar “antes que nadie que la consumación de la Independencia fue en provecho de los intereses de la aristocracia colonial”.⁶

Concluida y publicada su *Revista histórica y política* en 1883, y demás contribuciones para el Primer Almanaque de Manuel Caballero, Altamirano se pudo concentrar de lleno en la historiografía guadalupana durante varios meses intensos, hasta terminar su estudio *La fiesta de Guadalupe*, publicado en 1884.⁷ Y aunque Moisés Ochoa Campos considera a la *Revista histórica y política* como la obra central de Altamirano como historiador, me parece que *La fiesta de Guadalupe* de ninguna manera se queda atrás como obra de historia ejemplar, que acaso cale más hondo en el devenir histórico de México. Como lo explicó el propio Altamirano, hay mexicanos que pueden no saber el nombre del presidente o que viven bajo un régimen republicano, “pero es seguro, segurísimo —escribe—, que no hay nadie, ni entre los indios más montaraces, ni entre los mestizos más incultos y abyectos, que ignore la aparición de la virgen de Guadalupe”.⁸

En todo caso, resulta de interés la complementariedad, más que el contraste, de estos dos

grandes estudios históricos del Altamirano más políticamente radical, uno sobre la expresión política de la lucha de clases en el México independiente, y otro sobre la más profunda idolatría nacional, que es la virgen de Guadalupe.

Altamirano expuso con lucidez el significado, propósitos y dificultades de sus estudios guadalupanos en su Prefacio, fechado en 1884, a *Paisajes y leyendas*:

...como en una colección que lleva el título de *Tradiciones de México* hubiera sido imperdonable que no se mencionara la que se refiere a la virgen de Guadalupe, y que es la primera y la más popular de todas en México, he colocado en esta serie y abrazando la mayor parte del presente volumen, mi estudio inédito sobre la expresada tradición, que me ha costado meses enteros de un trabajo arduo, pero que juzgo de interés por enlazarse tanto, y de un modo tan constante, la historia de este culto de la Virgen mexicana con la historia de nuestro país. Tengo la creencia, de que aunque en una forma breve, ese estudio es el más completo hasta aquí de los muchos que se han publicado sobre el mismo asunto, y da razón minuciosamente de la bibliografía guadalupana, tanto de España como de México, importante bajo todos conceptos. Ha sido de suma dificultad para mí obtener ejemplares de tantas y tan antiguas crónicas que son hoy escasísimas, y de que ninguna de nuestras bibliotecas posee una colección siquiera mediana.

Esta circunstancia, ya que no otra alguna, hará, pues, recomendable mi pequeño estudio.

Debe agregarse que en 1883, cuando Altamirano se concentró en el estudio del guadalupanismo en México, la cuestión adquirió una fuerte actualidad historiográfica y religiosa. Precisamente en 1881, el historiador don Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) publicó su gran biografía de *Don fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México*, con un amplio apéndice documental.⁹ Y sucedió que los lectores que en primer lugar quisieron leer la parte relativa a las visitas

de Juan Diego al obispo Zumárraga, ante quien se imprimió milagrosamente la imagen en la tilma de Juan Diego el 12 de diciembre de 1531, nada encontraron, porque en todo el libro nada se dice ni sobre Guadalupe, ni sobre Juan Diego, ni sobre el Tepeyac, ni sobre apariciones de la Virgen (Zumárraga se mostró contrario a los milagros). Comenzó una creciente indignación contra tan insigne, honesto y cristiano historiador.¹⁰

El arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos (1816-1891) pidió entonces a García Icazbalceta que le diera por escrito su opinión como historiador sobre la historicidad o veracidad de las apariciones guadalupanas. Don Joaquín se resistió a escribir el estudio que el arzobispo le exigía; finalmente aceptó escribirlo, pero en latín y de manera anónima. El resultado fue la importante *Carta sobre el origen de la imagen de Guadalupe*, que con muy abundantes fuentes mostró una vez más, después de que lo hiciera Juan Bautista Muñoz (1745-1799) en su *Memoria* de 1794,¹¹ el "argumento negativo": no hay ninguna fuente del siglo XVI que documente las apariciones guadalupanas en el Tepeyac a Juan Diego y en la ciudad de México al obispo Zumárraga.¹²

Pese a las prevenciones de García Icazbalceta, circularon copias manuscritas de su *Carta* en latín, aunque no se difundió la identidad de su autor. Y aun después de su primera edición pirata en 1888,¹³ García Icazbalceta insistió en no revelar su autoría.¹⁴ Acerbo crítico de la jerarquía eclesiástica, Ignacio Manuel Altamirano no tuvo, me parece, noticia de la *Carta sobre el origen de la imagen de Guadalupe* que García Icazbalceta escribió en 1883, precisamente cuando él mismo preparaba su trabajo sobre *La fiesta de Guadalupe*. De modo que los dos grandes estudios de tema guadalupano, el del historiador conservador Joaquín García Icazbalceta y el del escritor liberal Ignacio Manuel Altamirano, se escribieron al mismo tiempo y de manera autónoma.

Lejos de oponerse, ambas obras se confirman y complementan: mientras que García Icazbalceta concentró todos sus recursos documentales y críticos para iluminar un punto particular, el de la historicidad de la tradición de las apariciones guadalupanas, Ignacio Manuel Altamirano

trató la "fiesta de Guadalupe" como tal, en toda su amplitud, con un profundo instinto histórico y antropológico, mostrando el fuerte y constante enlazamiento de "la historia de este culto de la Virgen mexicana con la historia de nuestro país", como él mismo lo escribió en el Prólogo de *Paisajes y leyendas*.

Altamirano había leído la *Memoria* antiaparicionista de Juan Bautista Muñoz, de 1794, y estudió con buen juicio la totalidad del material publicado existente sobre el tema, por lo que dio por resuelto el problema de la historicidad de las apariciones, y no quiso profundizar sobre él. Sin dejar de mostrar un discreto antiaparicionismo, Altamirano desvió la cuestión de manera decisiva: lo importante no es si la Virgen se apareció o no en 1531, sino el culto guadalupano, "la fiesta de Guadalupe", con sus rituales, mitologías, sus devociones, funciones y efectos sociales, económicos y políticos, y su significativa presencia en los momentos más relevantes de la historia de México.

Altamirano es el primero que estudia como creyente pero con un punto de vista laico sobre el fenómeno guadalupano, considerándolo en toda su extensión, desde la conquista española hasta el porfiriato.¹⁵ Esta gran visión de conjunto esboza el intento, retomado por la antropología y por la historiografía contemporáneas, de entender la imbricación compleja del culto guadalupano en la historia de México.

No presumía en vano Altamirano, en su Prefacio a *Historias y leyendas*, al destacar el valor de su exhaustivo acopio bibliográfico (que se benefició del muy importante trabajo de publicación de fuentes para la historia de México realizada a lo largo del siglo XIX por historiadores como Bustamante, Orozco y Berra, García Icazbalceta, Hernández y Dávalos, entre otros).

El método de Altamirano fue presentar la información documental en términos básicamente cronológicos, dejando hablar a los documentos, junto con la narración sobria de las circunstancias. De este modo, la erudición de Altamirano permite al lector inteligente ir armando sus propias conclusiones.

Al comienzo de su segundo capítulo, Altamirano definió su método y propósitos:

Mucho se ha escrito sobre su origen, muchísimo; tanto que con los libros que contiene la historia del culto guadalupano, las discusiones a que ha dado lugar, los panegíricos, los sermones y los comentarios, hay lo bastante para formar una extensa biblioteca.

Nosotros vamos a narrar la historia de este culto tomándola de todos esos libros que tenemos a la vista y con la brevedad que exigen las dimensiones de este escrito, sin meternos en discusión ninguna, y limitándonos pura y simplemente a la mención de los hechos y de las palabras de los autores, para lo cual nos será preciso erizar de citas nuestro artículo, a fin de que el lector pueda comprobarlas.

Esto es, Altamirano no se interesa por la debatida cuestión del origen, sino que se interesa por la historia del culto guadalupano en sí misma, que expone evitando controversias.

Tal vez la sutil prudencia de Altamirano ayude a entender por qué su estudio sobre *La fiesta de Guadalupe* no sufrió los ataques de una horda de pseudohistoriadores eclesiásticos como contra la *Carta sobre las apariciones de la virgen de Guadalupe* de Joaquín García Icazbalceta, que comenzó a circular impresa a partir de 1888. La *Memoria sobre las apariciones y el culto de Nuestra Señora de Guadalupe de México* de Juan Bautista Muñoz, leída en 1794, aprobada por la Real Academia de la Historia, pero sólo publicada en 1817, había provocado un revuelo de ultrajada crítica y defensa nacionalista mocha. La sólida crítica de Muñoz se logró finalmente asimilar como el ataque de un español antimexicano. La *Carta* de García Icazbalceta dolió más porque su autor era un consagrado e intachable historiador mexicano cristiano.

Es notable que no sufriera la misma suerte *La fiesta de Guadalupe* de Altamirano. Ambos estudios fueron escritos —decíamos— casi al mismo tiempo, en 1883, pero de manera autónoma. Aunque enfocan aspectos diferentes del culto guadalupano —su origen García Icazbalceta, su historia Altamirano—, comparten la conciencia de la imposibilidad de documentar las apariciones de la virgen de Guadalupe en el Tepeyac. Y, a pri-

mera vista, pareciera que Altamirano era más lógico blanco de la ira eclesiástica, liberal como era, con un fuerte sentido antibeato.¹⁶ García Icazbalceta, en cambio, era un católico irreprochable y no hizo más que actuar con su acostumbrado rigor historiográfico al escribir su biografía de Zumárraga y su forzada *Carta* al arzobispo don Pelagio.

Altamirano evitó encarar directamente el problema de los orígenes del culto guadalupano y la historicidad de las apariciones, pero supo sugerir sus propias ideas exponiendo con rigor y sagacidad la documentación existente. Así consiguió eludir la condena eclesiástica. Pero se ganó al mismo tiempo un relativo olvido. *La fiesta de Guadalupe* se reeditó tardíamente y siempre dentro de compilaciones, no siempre bien cuidadas,¹⁷ creo que nunca en forma de libro autónomo, con la atención debida. Muy rara vez es citado, criticado o elogiado. En cambio, la vilipendiada *Carta sobre el origen de la imagen de Guadalupe* de García Icazbalceta se ganó un merecido lugar de clásico de la historiografía mexicana, que *La fiesta de Guadalupe* de Altamirano sin duda también merece.

II

José Joaquín Blanco exageró un poco, pero sólo un poco, cuando escribió que “sólo la mayor abundancia en juicios especiosos y bizantinos distinguen la erudición de Altamirano de la del más reciente investigador del tema”.¹⁸ No pueden negarse de un brochazo los avances de las investigaciones guadalupanas posteriores al estudio de Altamirano. Pero más que repasar estos avances, debe destacarse que *La fiesta de Guadalupe* de Altamirano anticipó y expuso con amena serenidad muchos de los temas fundamentales de la investigación guadalupana posterior.

Ya vimos que Altamirano retomó su artículo del 12 de diciembre de 1880 sobre “La fiesta de Guadalupe” como introducción de su gran estudio publicado en 1884, dividido en diez capítulos. En el primero, Altamirano continuó la consideración iniciada en la introducción de la fiesta de la virgen de Guadalupe en la Villa, pero amplian-

do su escenario al conjunto de la historia y del territorio de México, en donde no hay quien ignore las apariciones guadalupanas. La virgen de Guadalupe, que acaso sea “solamente la continuación de una tradición religiosa azteca modificada”, como lo pensó fray Bernardino de Sahagún (1499-1590), se convirtió en la “deidad nacional por excelencia”, en el “único vínculo” que une al desgarrado cuerpo de la sociedad mexicana del siglo XIX.

La Virgen une a todos los partidos políticos:

todos los partidos que han ensangrentado el país por espacio de medio siglo, a causa de la diferencia de sus ideas políticas o religiosas [...] habrán podido lanzarse al campo de la guerra civil, para defender las excelencias del sistema central, monárquico o federal; ellos habrán podido destrozarse para sostener o atacar la inmunidad de los bienes eclesiásticos y las leyes de Reforma dadas por Juárez, ellos habrán agitado a la República para derrocar a un gobernante y elevar a otro; ellos, en fin, se habrán subdividido en fracciones personales llenas de odio y en facciones locales mezquinas y turbulentas, pero en tratándose de la virgen de Guadalupe, todos los partidos están acordes y en último extremo, en los casos desesperados, el culto a la Virgen mexicana es el único vínculo que los une.

Pero más profundamente, la virgen de Guadalupe une a las injustas divisiones socioétnicas heredadas de la colonia, que no habían sido erradicadas:

...la profunda división social que se produjo naturalmente a causa de la Conquista española, y la consiguiente clasificación de razas y de castas que estableció el dominio colonial, y que no ha sido posible extirpar en tan poco tiempo, desaparece también solamente ante los altares de la virgen de Guadalupe.

Esta “igualdad” de todos los mexicanos en el culto guadalupano sólo se interrumpió durante

la revolución de independencia, entre 1810 y 1821, pues “cuando supieron los españoles y sus aliados que Hidalgo enarbolaba la imagen de la virgen de Guadalupe, como la bandera de insurrección”, escribe Altamirano, “el pánico y el odio produjeron un poco de aversión a la Virgen india, de parte de los realistas, que le opusieron a la virgen española de los Remedios”.

En 1821 el propio Agustín de Iturbide se arrojó frente a la virgen de Guadalupe y se restableció la antigua unanimidad guadalupana:

De ahí en más —escribe Altamirano—, los gobernantes todos de México, legítimos y usurpadores, sea que durasen en el poder años, sea que durasen horas, todos aquellos gerifaltes que tenían azotado al pueblo con sus fechorías, venían luego y todavía con las garras ensangrentadas a postrarse humildemente ante los altares del Tepeyac y a depositar a los pies de la Virgen los laureles del pronunciamiento.

El propio Maximiliano vino a postrarse ante la Virgen en 1864. Altamirano notó con cierto alivio que “...los presidentes de la República que han funcionado después de 1867 no han podido ir a rezar oficialmente a la Villa, como se dice en México, porque les está prohibido por la Constitución tomar parte en manifestaciones religiosas, dada la libertad de cultos” (esta práctica se mantuvo hasta hace unos pocos días). Pero, con excepción de los gobernantes, “la nación entera toma parte en el culto que no cesa un solo día”. Concluye Altamirano: la virgen de Guadalupe “es la idolatría nacional, y en cada mexicano existe siempre una dosis más o menos grande de Juan Diego”.

En el segundo capítulo Altamirano encaró el problema del origen del culto a la virgen de Guadalupe y su historia. Después de dar la ya citada definición de su propósito y método, Altamirano comenzó por transcribir extensamente el relato canónico de las apariciones guadalupanas de 1531 (las cuatro apariciones a Juan Diego, la curación de su tío Juan Bernardino y la impresión de la imagen en la tilma de Juan Diego ante el obispo

Zumárraga), en la versión más tersa del bachiller Luis Becerra Tanco (1603-1672).¹⁹

En el tercer capítulo Altamirano analizó la concordancia y leves discrepancias de las principales fuentes sobre las apariciones guadalupanas, todas ellas posteriores a 1648, cuando el bachiller Miguel Sánchez (1606?-1674) publicó su libro *Imagen de la Virgen María madre de Dios de Guadalupe*.²⁰ Y en el cuarto capítulo estudió la tradición y las obras escritas sobre la aparición de la virgen de Guadalupe de Extremadura, España, aparecida hacia el año de 1330 a un pastor.

Altamirano cita extensamente el relato canónico del jerónimo fray Gabriel de Talavera,²¹ que presenta obvias afinidades con el relato de las apariciones de la virgen de Guadalupe en el Tepyac. Altamirano le hace un guiño al lector al anotar brevemente: "Algunos creen encontrar una extraña semejanza entre esta narración y la relativa a la Virgen mexicana." El lector debe sacar sus propias conclusiones.

Más adelante, Altamirano agrega el silencio del obispo Zumárraga, puesto en evidencia por la ya citada biografía publicada en 1881 por Joaquín García Icazbalceta, y la falta de fuentes sobre las apariciones, reconocida por los mismos historiadores guadalupanos, comenzando en 1648 por el bachiller Miguel Sánchez.

Altamirano continúa su lectura del padre Talavera y encuentra la descripción de una imagen de la virgen de Guadalupe, que se encuentra en el coro de su iglesia de Extremadura,²² "parecida a la nuestra de Guadalupe con leves diferencias". Se refuerza la idea de que la historia de las apariciones de la virgen de Guadalupe, su imagen y su devoción, son copias de originales europeos, modelos traídos por los conquistadores, muchos de los cuales eran extremeños, como Hernán Cortés.²³

Precisamente avanzando en la lectura de Talavera, Altamirano encontró "...una cosa que llama la atención y de que no hay memoria en ninguno de los historiadores que hablaron del conquistador Hernán Cortés": la lámpara de plata y el alacrán de oro que Cortés donó a la iglesia de Guadalupe, Extremadura, durante la visita que hizo al santuario cuando en 1528 viajó a España. Escribe Talavera: "Ofreció otra (lámpara) Fernando Cortés, Marqués del Valle, no menos valeroso que

aventuroso. Y con ella presentó a Nuestra Señora un escorpión de oro..." Talavera explica que Cortés hizo la dádiva del escorpión de oro por

el milagro famoso que en su defensa obró Nuestra Señora, habiéndole mordido un escorpión, y derramado tanto veneno por su cuerpo, que le puso a peligro de perder la vida. Puesto en este estrecho, volvió los ojos a Nuestra Señora, suplicando le acudiese en tanta necesidad. Fue Su Magestad servida de oír su petición, no permitiendo pasase adelante el daño. El famoso capitán, agradecidísimo de la merced, vino de lo más remoto de las Indias a esta santa casa, año de mil y quinientos y veinte y ocho, y truxo este escorpión de oro, y el que le había mordido dentro. Este engaste y pieza de mucho valor, y de maravilloso artificio, en que los indios se aventajaron.²⁴

Concluye Altamirano sobre la visita de Hernán Cortés al santuario de Guadalupe en Extremadura en 1528: "No dejarán algunos de encontrar alguna relación entre este hecho y la aparición de la virgen de Guadalupe de México, tres años después, en 1531, y cuando ya el conquistador había regresado a Nueva España, lo que se verificó en 1530."

Bien se ve que a Altamirano no le interesaba romper mitos, sino reconstruir historias, y en el capítulo V agregó un dato que refuerza su hipótesis de la posible participación del conquistador Hernán Cortés, extremeño, en la fundación del culto a la virgen de Guadalupe: el "estandarte de damasco que tenía pintado una imagen de la Virgen, algo semejante a la de Guadalupe de México", que describe Lorenzo Boturini (1702-1755)²⁵ y se conserva en el Museo Nacional. Al parecer, Altamirano estuvo hurgando en el tema del guadalupanismo cortesiano, como lo muestra su artículo sobre "La medalla de Cortés" publicado en 1883.²⁶

Y Altamirano pasa a describir la interesante discusión que se fraguó en el campo mismo de la historiografía aparicionista entre los que pensaban que el nombre de la Virgen es español, el de la Guadalupe extremeña (como el padre Mateo



Cortés sube a la pirámide de Tlatelolco seguido por Olmedo. Enconchado. Fines del siglo XVII. Colección particular.

de la Cruz,²⁷ el jesuita Francisco de Florencia (1620-1695),²⁸ y Mariano Fernández de Echeverría y Veytia (1713-1780)),²⁹ y los que pensaban que el nombre de Guadalupe es la adulteración de un nombre mexicano (como el padre Luis Becerra Tanco y sus seguidores).

Altamirano considera tercas e inútiles estas discusiones sobre el origen mexicano o europeo del nombre y de la tradición guadalupana, pues no existen documentos originales sobre las apariciones. No se encuentran, escribe Altamirano,

en los archivos del Arzobispado de México o en otra parte documentos auténticos acerca del origen del culto, pero parece que no existieron ningunos y así lo aseguran casi todos los escritores guadalupanos de México. Alguno habla vagamente de informaciones que se hicieron en tiempo del obispo Zumárraga y que todavía vio su sucesor, pero nada de esto reposa en datos fehacientes ni en escritos contemporáneos autorizados.

Y agrega Altamirano una lúcida lectura del libro sobre *Zumárraga* recién publicado en 1881 por Joaquín García Icazbalceta, distinguiendo ya todo el peso del "argumento negativo" que García Icazbalceta desarrollaría en su *Carta* de 1883:

Además, el señor García Icazbalceta que historió escrupulosamente y con la mayor erudición la vida y hechos del obispo Zumárraga, registrando cuantos documentos antiguos hacían al caso, no dice en su autorizado libro una sola palabra acerca de la aparición de la virgen de Guadalupe de México, y aunque tal silencio constituye sólo un argumento negativo, él es digno de la mayor atención tratándose de un escritor tan escrupuloso como el señor García Icazbalceta, de un libro tan minucioso y fundado como el suyo, y de una tradición tan interesante como la de la virgen de Guadalupe en que aparece mezclado de una manera tan principal el obispo Zumárraga.

Enseguida Altamirano consigna la existencia de un solo documento sobre los orígenes del culto

guadalupano, pero que más bien viene a contradecir la tradición de las apariciones: una misteriosa información sobre el conflicto iniciado en 1555 por las duras críticas del provincial franciscano fray Francisco de Bustamante (1485-1562) contra el arzobispo de México fray Alonso de Montúfar (1498-1573), por su apoyo al incipiente culto guadalupano. Altamirano se refiere a la *Información de 1556*,³⁰ y lo hace en términos que confirman que, ajeno a los círculos eclesiásticos, no pudo consultarla directamente, como tampoco pudo consultar la *Carta* de García Icazbalceta (escrita por lo demás en latín), que resume puntualmente la *Información de 1556*. Escribe Altamirano:

Lo único que sabemos que existe por ahí muy oculto, es el proceso que se formó al padre franciscano Bustamante por haber predicado en su iglesia de San Francisco en 1555 un sermón en que trataba de superchería de los clérigos del Arzobispado el milagro de la Aparición, y contaba acerca de ella una historia curiosísima en la que aparece pintando a la Virgen el indio Marcos, disfrazado de Virgen un cleriguillo, y embobado enteramente el pobre Juan Diego que, en su concepto, merecía doscientos azotes, y complicado con los frailes el tío Juan Bernardino, que merecía igual pena que su sobrino.

De este proceso no tuvo la menor noticia don Juan B. Muñoz, ni hablan de él, siquiera para contradecirlo, los historiadores guadalupanos. Además es muy difícil que salga a luz, pero es cierto que existe, personas que lo han visto nos han dado noticia de él y conocemos algunos de sus pormenores, por ejemplo la declaración de los testigos que depusieron contra el padre Bustamante.

Por los demás, se sabe que los franciscanos no fueron partidarios del culto de la Virgen, y hemos podido verlo por la nota severa del padre Sahagún.

Realmente parece que Altamirano se refiere aquí a la *Información de 1556*, aunque en la descripción de Altamirano hay diferencias notables. Como bien lo demostró Edmundo O'Gorman (1906-1995), la *Información de 1556* no es un

proceso o pleito judicial.³¹ Además, la *Información de 1556* no niega el milagro de las apariciones guadalupanas, que más bien no menciona. Estas diferencias y las alusiones al indio Juan Diego abobado frente a un cleriguillo disfrazado de la Virgen, modelando ante el indio Marcos, y al tío Juan Bernardino complicado con los frailes, parecen producto de las especulaciones que los sectores antiaparicionistas hacían sobre el contenido de la *Información de 1556*, de la que se comenzaba a tener noticia hace pocos años, y que se publicaría poco después, en 1888, con notas y aditamentos antiaparicionistas,³² al mismo tiempo que la primera edición de la *Carta* de García Icazbalceta.

Altamirano citó la carta del virrey Martín Enríquez del 15 de mayo de 1575, recién publicada en 1877, que confirma que el culto a la virgen de Guadalupe en el Tepeyac comenzó formalmente en 1555-1556,³³ pero no intentó un análisis sobre esa coyuntura como el que intentaron García Icazbalceta en su *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe*, de 1883, y Edmundo O'Gorman en su *Destierro de sombras*, de 1986. Altamirano prefirió avanzar en el estudio de la imbricación del culto guadalupano en la historia de México.

Es notable la amplitud de sus referencias, a partir del capítulo VI de su estudio, a libros y sermones que tratan o mencionan a la Virgen en los siglos XVII y XVIII. Aunque supo ver en ellos los gérmenes del nacionalismo mexicano, Altamirano no pudo superar su disgusto ante los sermones guadalupanos barrocos, liberal y desafecto como era al gongorismo, y se perdió algo de su riqueza histórica, que comenzó a ser vista sesenta años después, con la publicación de *El guadalupanismo mexicano* de Francisco de la Maza, gran estudioso del barroco mexicano que destacó la importancia de los sermones como fuentes para el estudio de la religiosidad y sensibilidad de la gente.³⁴ Altamirano no tuvo paciencia para entender el significado político nacionalista de la envoltura teológica apocalíptica con la que en 1648 el bachiller Miguel Sánchez envolvió su narración, la primera, de las apariciones guadalupanas. Tampoco se detuvo, por lo demás, en el estudio de la versión en lengua náhuatl, el *Nican mopo-*

hua, publicado el año siguiente de 1649 por el bachiller Luis Lasso de la Vega.³⁵

Altamirano describe con humor la polémica entre “magueyistas” y “palmistas”, los problemas de jurisdicción eclesiástica y el traslado de la virgen de Guadalupe a la ciudad de México con motivo de la inundación de 1629-1634. Es de notarse la hipótesis que Altamirano cita de Juan Bautista Muñoz, que sospecha que la historia guadalupana fue inventada después de 1629:

Acerca del tiempo y ocasión en que tuvo principio el cuento, ya insinué mi sentir, diciendo creerlo posterior a la publicación de las obras de Cisneros y Torquemada. Yo sospecho que nació en la cabeza de los indios por los años de 1629 a 34. Todo ese tiempo estuvo la imagen de Guadalupe en la capital, obsequiada con tan extraordinarias demostraciones que según las frases de Cabrera soltó México los diques de su devoción, soltó las velas y alas de su afecto: desahogóse el fervor en danzas, bailes, prevenidos coloquios y cantares de indios, en que se mentaron las apariciones (antes inauditas): los trasuntos de la imagen antes rarísimos, se multiplicaron infinito, se variaron y viciaron increíblemente para engañar y disfrutar la devoción.

Hasta la fecha, sigue en discusión entre los historiadores el momento y circunstancias en que se formuló el relato de las apariciones guadalupanas, en el siglo XVI o en el XVII.

Certera fue la crítica de Altamirano a los autores aparicionistas, que “habían interpretado ingeniosamente el silencio de los contemporáneos y la falta de documentos auténticos en los archivos eclesiásticos”. Éste es el problema que advertía la crítica ilustrada española del siglo XVIII y que llevó al caballero Lorenzo Boturini, enamorado de la virgen de Guadalupe desde su llegada a México en 1736, a tratar de encontrar los documentos que probaran la veracidad de las apariciones. No lo consiguió, pero al buscar estos testimonios, Boturini reunió una de las colecciones de documentos sobre la historia prehispánica y colonial de México más importantes, el *Museo Histórico Indiano*, que se dispersó al sufrir Bo-

turini en 1743 la cárcel, la confiscación de sus documentos y la expulsión de México, por su afán de coronar solemnemente la imagen de la virgen de Guadalupe.

Altamirano se solaza narrando las aventuras y desventuras del caballero Boturini en el capítulo VII de *La fiesta de Guadalupe*,³⁶ y al final se pregunta sobre las causas profundas de su persecución. Según algunos,

...el temor de que Borurini continuara allegando materiales para escribir una Historia de México que podría ser desfavorable tratada por una pluma que no fuese española, fue la verdadera causa de esa injusta persecución, fundada en un pretexto asaz insignificante.

Pero otros piensan que

...la promoción del culto de la virgen de Guadalupe, que se fundaba en una tradición indígena y que llevado a su *máximo* encerraba peligros para el porvenir, hizo que los españoles se alarmasen y quisiesen atemorizar a los entusiastas con el ejemplo de la prisión de Boturini. El culto de una divinidad nacional en un pueblo oprimido ha sido peligroso siempre para los dominadores extranjeros. Los españoles lo habían experimentado ya durante la dominación de los moros en su patria.

La virgen de Guadalupe había rebasado la esfera de la religión y se volvió una fuerza política poderosa, lo cual confirma Altamirano en el capítulo siguiente, el octavo, que refiere, en una expansiva vena narrativa, las aventuras de fray Servando Teresa de Mier (1763-1827), algunos de cuyos sermones y proceso inquisitorial habían sido recientemente publicados en 1882 en la *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia* de Juan Hernández y Dávalos.³⁷ Altamirano expone con claridad que el sermón guadalupano de 1794 de fray Servando no negó las apariciones de la Virgen a Juan Diego, pero sí rectificó la tradición al afirmar, siguiendo las ideas que le acababa de platicar el

licenciado Borunda, que la imagen guadalupana no se había estampado en la tilma de Juan Diego el 12 de diciembre de 1531 ante el obispo Zumárraga, sino que la propia Virgen María en vida humana había impreso su imagen en la manta del apóstol Santo Tomás, quien pasó a México y se identificó con Quetzalcóatl. Altamirano expone las persecuciones, los viajes, las prisiones y múltiples evasiones, y la participación en la Independencia de fray Servando, que lo fueron llevando a cambios en sus ideas guadalupanas las cuales lo condujeron al antiaparicionismo de Juan Bautista Muñoz.

El análisis de Altamirano sobre el guadalupanismo del padre Mier sólo ha sido superado por la reciente edición crítica de Edmundo O'Gorman titulada *El heterodoxo guadalupano*.³⁸ Y la extensa narración de sus aventuras, de la que pide disculpas Altamirano, transforma a fray Servando en un héroe literario mexicano.

Semejante lucidez muestra Altamirano en el análisis historiográfico de la ya citada "Disertación" de Juan Bautista Muñoz, leída en 1794 ante la Real Academia de Historia de Madrid y aprobada por ella, pero sólo publicada en 1817. Muñoz demuestra la falta de documentos sobre las apariciones guadalupanas y, en un intento de explicación positiva, dijo que "la aparición era obra de la alucinación de un indio borracho", como lo destaca, con aparente desenfado, Altamirano. La llegada a México de la *Memoria* de Muñoz provocó una fuerte reacción aparicionista patrioterista. Ya mencioné que el dolor de la crítica de Muñoz se diluyó en el rencor antiespañol mexicano.

En el décimo y último capítulo de *La fiesta de Guadalupe*, Ignacio Manuel Altamirano estudió a la virgen de Guadalupe en la guerra de Independencia y durante el siglo XIX hasta llegar a su propia época, aprovechando sus recientes estudios de historia política mexicana.³⁹

Ya Altamirano había notado que durante el periodo colonial la virgen de Guadalupe había servido para mantener oprimido al pueblo; pero al tomarla como estandarte el padre Hidalgo en 1810, la Virgen se volvió también una fuerza popular y liberadora. Este doble carácter de la virgen de Guadalupe, cómplice de la opresión y libe-

radora, ha sido retomada por los estudios contemporáneos.⁴⁰ Altamirano destaca la significativa ironía de que el mismo símbolo que utilizó Hernán Cortés para subyugar al país, le sirviera a Miguel Hidalgo para liberarlo.

Altamirano estudia con detenimiento el paso del padre Hidalgo y sus hombres por el pueblo de Atotonilco, e incluye las narraciones de José María Liceaga, quien precisa cómo fue que Hidalgo tomó el estandarte guadalupano que le daría tanta fuerza. Más adelante, Altamirano se solaza en la exposición de la acerba confrontación que se creó entre la virgen de los Remedios, conquistadora, gachupina, y la virgen de Guadalupe, india, insurgente, una de cuyas imágenes llegó a ser fusilada por las tropas realistas. Esta rivalidad de vírgenes, opina Altamirano, demuestra “el carácter de idolatría que asumía entonces y que asume todavía la religión católica en México”. Como se ve, el liberal Altamirano no critica la religión católica, sino los excesos idolátricos, como fiel continuador de los franciscanos Bustamante, Sahagún y Torquemada.

El hecho es que la virgen de Guadalupe fue apropiada por el pueblo mexicano, tan grande era su culto en todos los pueblos y ciudades. Se constituyó en símbolo de la nacionalidad, a tal punto que el propio Benito Juárez no suprimió la fiesta del 12 de diciembre, por decreto del 11 de agosto de 1859.

Al final de su estudio, Altamirano se alegra de que en su tiempo el culto guadalupano haya tomado un curso más tranquilo y despolitizado, al separarse la Iglesia y el estado: “aunque sin el apoyo oficial, sigue tan ferviente y tan universal como antes, sólo que ahora es un culto exclusivamente religioso y apacible”.

Los mexicanos —continúa Altamirano— adoran a la Virgen de consuno, los que profesan ideas católicas, por motivos de religión; los liberales, por recuerdo de la bandera del año 10; los indios porque es su única diosa; los extranjeros, por no herir el sentimiento nacional, y todos la consideran como un símbolo esencialmente mexicano.

Y concluye Altamirano: “El día en que no se adore a la Virgen del Tepeyac en esta tierra, es

seguro que habrá desaparecido, no sólo la nacionalidad mexicana, sino hasta el recuerdo de los moradores del México actual”.

III

Del gran estudio de Ignacio Manuel Altamirano sobre *La fiesta de Guadalupe* me parece que debe rescatarse la actitud: respetuosa y crítica, seria y divertida, mordaz y sonriente, erudita y didáctica. Ante todo busca la verdad, presenta los documentos con ánimo imparcial y deja pensar al lector, evitando polémicas innecesarias. Se puede combinar el liberalismo social y el análisis de la lucha de clases en la historia de México, con el respeto y amor a las tradiciones religiosas populares.⁴¹ Lo simboliza el abrazo del sacerdote de pueblo y el soldado liberal en la novela de Altamirano *La Navidad en las montañas*, de 1871,⁴² que es, a decir de José Luis Martínez, “una alegoría cuya lección permanece aún válida, de aquella unidad nacional que fue una de las mayores empresas de su vida de maestro”.⁴³

El mismo José Luis Martínez destacó certero: “El mensaje perdurable de Altamirano queda sin duda en esta revelación de la dignidad artística de lo mexicano, mensaje que logró convertir en la doctrina de toda una época y que aún continúa vigente en nuestro tiempo.”⁴⁴ Y si Altamirano llegó a lamentar la ausencia de una poesía épica en México que contribuyera a fortalecer la identidad nacional, y que creyó encontrar en el *Romancero nacional* de Guillermo Prieto, publicado en 1885,⁴⁵ podría pensarse que tal vez Altamirano comenzó a intuir la idea de Agustín Yáñez (1904-1980) según el cual esta épica mexicana se encuentra en las crónicas de la conquista.⁴⁶ Y en la literatura indígena, como agrega José Luis Martínez. Podría pensarse también que Altamirano fue descubriendo en sus estudios sobre la historia y las tradiciones la belleza épica de la historia mexicana toda, particularmente relacionada con la fiesta de Guadalupe, que basta con exponer de la manera más llana e imparcial para que muestre su belleza, nobleza, misterio y verdad.⁴⁷

Notas

¹ Espinel (Ignacio Manuel Altamirano), "La fiesta de Guadalupe", *La República*, año I, vol. I, núm. 284, p. 1. Véase Ralph E. Warner, *Bibliografía de Ignacio Manuel Altamirano*, México, Imprenta Universitaria, 1955, cap. iv.

² Guillermo Prieto, "Nuestra Señora de Guadalupe. 12 de diciembre (Romance). A mi hijo Manuel G. Prieto", *La República*, 21 de diciembre de 1880, p. 3; en Guillermo Prieto, *Musa Callejera*, México, Tipografía Literaria de Filomeno Mata, 1883, t. II, pp. 141-145; y en *Poesía popular. Poesía patriótica*, tomo XIII de las *Obras completas* de Guillermo Prieto, Edición de Boris Rosen Jélomer, México, SEP, 1994, pp. 285-288.

³ Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México*, Primera serie, México, Imprenta y Litografía Española, San Salvador el Seco, núm. 11, 1884, 484 pp., cap. x, pp. 205-484.

⁴ Ignacio Manuel Altamirano, *Periodismo político*, edición, prólogo y notas de Carlos Román Celis, tomos XVIII y XIX de las *Obras completas* de Ignacio Manuel Altamirano, edición de Nicole Girón, México, SEP, 1989, t. II, pp. 392-412, y t. II, pp. 11-360.

⁵ Ignacio Manuel Altamirano, "Revista histórica y política (1821-1882)", "Revista literaria y bibliográfica (1867-1882)", "Revista artística y monumental" y "La medalla de Hernán Cortés", en *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la República Mexicana. 1883-1884*, Publicado por Manuel Caballero... con la colaboración de los señores Ignacio M. Altamirano, Mariano Bárcena... y otros distinguidos literatos..., Nueva York, The Chas. M. Green Printing Co., 1883, pp. 1-74, 75-89, 90-107 y 285-287. En *Obras históricas*, prólogo de Moisés Ochoa Campos, México, SEP, 1986, pp. 17-127 y 325-330; y en *Escritos de literatura y arte*, Selección y notas de José Luis Martínez, México, SEP, 1889, t. I, pp. 237-259 y t. III, pp. 179-201; tomos II, XII y XIV de las *Obras completas* de Ignacio Manuel Altamirano, edición de Nicole Girón.

⁶ Moisés Ochoa Campos, "Prólogo" a Altamirano, *Obras históricas*, pp. 9-11.

⁷ Escribo *La fiesta de Guadalupe*, con cursivas, para identificar el estudio publicado en *Paisajes y leyendas* de 1884, pues aunque me parece que nunca se ha publicado por separado, sino en compilaciones de Altamirano o de tema guadalupano, *La fiesta de Guadalupe* tiene la extensión y estructura de un libro. Escribo "La fiesta de Guadalupe" para referirme al artículo publicado el 12 de diciembre de 1880.

⁸ Altamirano, *La fiesta de Guadalupe*, cap. i.

⁹ Joaquín García Icazbalceta, *Don fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México*, México, 1881; edición de Rafael Aguayo Spencer y Antonio Castro Leal, con apéndice documental ampliado, México, Porrúa, 1947, 4 vols.

¹⁰ Francis Borgia Steck, "Literary Contributions of

Catholics in Nineteenth-Century Mexico", *The Americas*, III:1, julio de 1946, pp. 77-88. Sobre la profundidad del cristianismo de García Icazbalceta, véase la oración fúnebre de Ignacio Montes de Oca y Obregón, obispo de San Luis Potosí, en *Oraciones fúnebres*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra (Escritores Castellanos), 1901; y en Luis García Pimentel y Elguero, *Don Joaquín García Icazbalceta como católico*, México, 1944; y Manuel Guillermo Martínez, *Don Joaquín García Icazbalceta. Su lugar en la historiografía mexicana*, traducción, notas y apéndice de Luis García Pimentel y Elguero, México, Porrúa, 1950.

¹¹ Juan Bautista Muñoz, "Memoria sobre las apariciones y el culto de Nuestra Señora de Guadalupe de México" (1794), *Memorias de la Real Academia de la Historia*, Madrid, V:10-12, 1817.

¹² Joaquín García Icazbalceta, *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México* (1883), en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda (comps.), *Testimonios históricos guadalupanos*, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 1982, pp. 1092-1127; entre otras ediciones.

¹³ *De B. M. V. Apparitione in Mexico sub titulo de Guadalupe exquisito historica*, [Vicente de P. Andrade la mandó imprimir en México, por Epifanio Orozoco, en 1888].

¹⁴ Véanse las cartas que intercambiaron en 1892 el joven Nicolás León y el ya añoso Joaquín García Icazbalceta, en Ignacio Bernal (ed.), *Correspondencia de Nicolás León con Joaquín García Icazbalceta*, México, UNAM (Instituto de Investigaciones Antropológicas), 1982, pp. 280-290.

¹⁵ Manuel Payno (1810-1894) había expresado esta idea en su breve artículo "Santuario de Guadalupe", en *México y sus alrededores, Colección de vistas, trajes y monumentos*, México, Decaen, 1855-1856, pp. 11-12; reed. con prólogo de Ricardo Pérez Escamilla e introducción de Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial/Conaculta (Fonca), 2000, pp. 167-175; y en Manuel Payno, *Panorama de México*, tomo V de las *Obras completas* de Manuel Payno, edición de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta, 1999, pp. 148-152. Altamirano no cita a Payno, para quien había pedido la pena de muerte por haber participado en diciembre de 1857 en el golpe de estado de Comonfort, en "Contra Manuel Payno" (22 de julio de 1861), *Discursos y brindis*, edición y notas de Catalina Sierra Casasús y Jesús Sotelo Inclán, prólogo de Agustín Yáñez, discurso introductorio de Jesús Reyes Heróles, tomo I de las *Obras completas* de Ignacio Manuel Altamirano, edición de Nicole Girón, México, SEP, 1986, pp. 61-68. Payno retomó la expresión de "orgia" guadalupana en *Los bandidos de Río Frío*, Barcelona, 1889, t. I, cap. v; y en el tomo IX de las *Obras completas* de Manuel Payno, edición de Manuel Sol, prólogo de Margo Glantz, 2000.

¹⁶ Véanse los estudios de Altamirano sobre devocio-

nes religiosas populares, como "El señor del Sacromonte" (25 de marzo de 1880), "La Semana Santa en mi pueblo" (28 de mayo de 1880), "El Corpus" (16 de junio de 1881) y "La fiesta de los Ángeles" (15 de agosto de 1880), publicados en *La República* e incluidos en *Paisajes y leyendas*.

¹⁷ Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México*, primera y segunda series, México, Introducción de Jacqueline Covo, México, Porrúa (Sepan cuantos..., 275), 1974, pp. 55-129; Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda (comps.), *Testimonios históricos guadalupanos*, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 1982, pp. 1127-1210; y en Ignacio Manuel Altamirano, *Textos costumbristas*, introducción de José Joaquín Blanco, tomo V de las *Obras completas* de Ignacio Manuel Altamirano, edición de Nicole Girón, México, SEP, 1986, pp. 115-241.

¹⁸ José Joaquín Blanco, "Introducción" a Altamirano, *Textos costumbristas*, p. 14.

¹⁹ Luis Becerra Tanco, *Felicidad de México. Origen milagroso del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe*, México, 1666; en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda (comps.), *Testimonios históricos guadalupanos*, pp. 309-333.

²⁰ Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen María madre de Dios de Guadalupe*, México, Imprenta de la Viuda de Bernardo Calderón, 1648; en Torre Villar y Navarro de Anda (comps.), *Testimonios históricos guadalupanos*, pp. 152-281.

²¹ Fray Gabriel de Talavera, *OSJ, Historia de la aparición y milagros de Nuestra Señora de Guadalupe*, Toledo, 1597, ff. 9v y 10.

²² Fray Gabriel de Talavera, *Historia de la aparición y milagros de Nuestra Señora de Guadalupe*, lib. IV, cap. viii: "Entre todas las sillas se levanta la del prelado, y encima, sobre un arco vistoso, la efigie soberana de Nuestra Señora, hecha con maravillosa traza y proporción. Tiene derribada la luna a sus pies, está coronada de doce estrellas, y su vestidura cubierta del Sol."

²³ El padre Talavera, para hacer propaganda al santuario extremeño, escribió que los conquistadores castellanos "dieron por nombre a una de las primeras islas que ganaron Guadalupe. La devoción de los conquistados arraigóse y comenzaron a levantar iglesias y santuarios con título de Nuestra Señora de Guadalupe, especial en la ciudad de Mexico de Nueva España" (*Historia de la aparición y milagros de Nuestra Señora de Guadalupe*, f. 454v).

²⁴ Fray Gabriel de Talavera, *Historia de la aparición y milagros de Nuestra Señora de Guadalupe*, lib. III, caps. xiv, y iv. Véase también fray Francisco de San Joseph, *Historia universal de Nuestra Señora de Guadalupe*, Madrid, 1743, cap. lxxi, f. 143. Esta obra, que no cita Altamirano, precisa que el ex voto de oro, que contiene al alacrán que picó a Cortés, tiene mosaicos verdes, azules y amarillos, con 43 esmeraldas y cuatro perlas. Después de Altamirano, se han referido al alacrán guadalupano de Cortés: Federico Gómez de Orozco, "El ex voto de don Hernando Cortés", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 8, México, 1942, pp. 51-54;

Manuel Toussaint, "El criterio artístico de Hernán Cortés", *Estudios Americanos*, I:1, Madrid, 1948, p. 91; y José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 1990, cap. xvii, pp. 499-502.

²⁵ Lorenzo Boturini Benaduci, *Idea de una Nueva historia general de la América Septentrional*, Madrid, Juan de Zúñiga, 1746; reed. con Estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa (Sepan cuantos..., 278), 1974, "Catálogo del Museo Histórico Indiano", párrafo xxxi.

²⁶ Ignacio Manuel Altamirano, "La medalla de Hernán Cortés", en Manuel Caballero, *Primer Almanaque histórico, artístico y monumental*, Nueva York, 1883; y en *Obras históricas*, pp. 325-330. Desarrollé la posible participación de Hernán Cortés en la fundación del culto guadalupano en 1531, en "Secuencias de una investigación imaginaria", *Relaciones*, 77, Zamora, El Colegio de Michoacán, invierno 1999, pp. 156-158; y "Tepeyac en la Conquista: problemas historiográficos", en Carmen Aguilera y Arturo Montero (comps.), *Tepeyac. Estudios históricos*, México, Universidad del Tepeyac, 2000, pp. 55-118.

²⁷ Mateo de la Cruz, *Relación de la milagrosa aparición de la Santa Imagen de la Virgen de Guadalupe de México, Sacada de la Historia que compuso el bachiller Miguel Sánchez, por el padre Mateo de la Cruz, a devoción del doctor Juan García de Palacios, Canónigo doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Puebla de Los Angeles*, Impresa en ella año de 1660; reimpresa en Madrid, 1662; y en *Colección de opúsculos sobre la Aparición*, Madrid, 1785, t. I, pp. 410-411.

²⁸ Francisco de Florencia, SJ, *La Estrella del Norte de Mexico, Aparecida al rayar el día de la luz evangelica en este Nuevo Mundo, en la cumbre del cerro de Tepeyacac, orilla del mar Tezcucano, a un Natural recién convertido; pintada tres dias despues milagrosamente en su Tilma ò Capa de Lienzo delante del Obispo y de su familia, en su Casa Obispal, para luz en la Fé à los Indios; para rumbo cierto à los españoles en la virtud, para serenidad de las tempestuosas inundaciones de la Laguna. En la Historia de la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de Mexico, Ques e apareció en la Manta de Juan Diego*, Madrid, Imprenta de Lorenzo de San Martin, 1785.

²⁹ Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, *Baluartes de México*, México, Alejandro Valdés, 1820, p. 14.

³⁰ Por comodidad cito la *Información de 1556* en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda (comps.), *Testimonios históricos guadalupanos*, pp. 36-141. Esta edición incluye los textos preliminares y adiciones antiaparicionistas de las ediciones de 1888 y 1891, sin identificar claramente la autoría de los textos y agregando errores a los de las ediciones anteriores. En más de una ocasión tuve que recurrir a la caótica edición de Navarro: Joaquín García Icazbalceta, Alonso de Montúfar y Primo Feliciano Velázquez, *Investigación histórica y documental sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe de México*, México, Ediciones de Fuente Cultural, 1952. La mejor edición de la *Información de 1556* es la de fray

Fidel de Jesús Chauvet, OFM, *El culto guadalupano del Tepeyac. Sus orígenes y sus críticos en el siglo XVI. (En apéndice: la información de 1556 sobre el sermón del P. Bustamante)*, México, Centro de Estudios Bernardino de Sahagún, A.C., 1978.

³¹ Edmundo O'Gorman, *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, México, UNAM (Instituto de Investigaciones Históricas), 1986, Apéndice cuarto, "La Información de 1556 no es proceso. Sus irregularidades. Su índole de documento no oficial"; *et passim*.

³² Información que el Arzobispo de México doctor fray Alonso de Montúfar mandó practicar con motivo de un sermón... que predicó... fray Francisco de Bustamante, Madrid, Imprenta de "La Guirnalda", Calle de las Pozas núm. 12, 1888. Este pie de imprenta es falso pues el libro fue en realidad editado en la ciudad de México, en la Imprenta de Albino Feria, 1a. de Sabino No. 6, con una carta de José María de Agreda y Sánchez, y costeada por el canónigo don Vicente de P. Andrade, quien comisionó a don Francisco del Paso y Troncoso la elaboración de la mayor parte de las notas y aditamentos, todos claramente antiaparicionistas.

³³ Carta del virrey don Martín Enríquez al Rey, ciudad de México, 15 de mayo de 1575, en Ministerio de Fomento, *Cartas de Indias*, Madrid, Imprenta de Hernández, 1877, Publicalas por primera vez el Ministerio de Fomento, Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1877; reed. facs., México, SHCP/Miguel Ángel Porrúa, 1981, carta lvi.

³⁴ Francisco de la Maza, *El guadalupanismo mexicano*, México, Porrúa y Obregón (México y lo mexicano, 17), 1953; reeds., México, FCE (Colección Popular), 1981; México, SEP (Lecturas Mexicanas), 1984.

³⁵ Luis Lasso de la Vega, *Huei tlamahuiçoltica omoxiti in ilhuicac tlatoca cihuapilli Santa Maria totlaçonantzín Guadalupe in nican huei altepenahuac Mexico itocayocan Tepeyacac*, Impreso con licencia en MEXICO en la Imprenta de Iuan Ruyz, año de 1649; reed. facs. con introducción de Jesús Galera Lamadrid, y cuatro traducciones al español del *Nican mopohua*, México, Jus, 1990; debe consultarse la edición y traducción de Lisa Sousa, Stafford Poole, CM, y James Lockhart, *The Story of Guadalupe, Luis Laso [sic] de la Vega's Huei tlamahuiçoltica of 1649*, Stanford University Press, UCLA Latin American Center Publications, University of California, Los Angeles, 1998.

³⁶ Miguel León-Portilla y Álvaro Matute destacaron la influencia del filósofo Giambattista Vico (1668-1744) sobre Lorenzo Boturini. Véase la Introducción de León-Portilla a su edición de la *Idea de una Nueva Historia de la América Septentrional*; y Álvaro Matute, *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, México, UNAM (Instituto de Investigaciones Históricas), 1976.

³⁷ Juan Hernández y Dávalos (ed.), *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821*, México, Sandoval, 1877-1882; reed. facs., México, INEHRM, 1985, t. VI, pp. 638-950.

Altamirano reseñó la aparición de esta importante Colección en *La República* el 9 de marzo de 1884; en *Obras históricas*, pp. 321-324. Tal vez por liberal Altamirano siempre escribe Juan Hernández Dávalos, omitiendo la aristocrática y.

³⁸ Edmundo O'Gorman, *El heterodoxo guadalupano Mier*, tomos I-III de las *Obras completas* de fray Servando Teresa de Mier, México, UNAM (Coordinación de Humanidades), 1981, 3 vols.

³⁹ Además de su "Revista histórica y política (1821-1882)", debe mencionarse su *Biografía de don Miguel Hidalgo y Costilla*, de 1884, y sus tres estudios sobre Morelos, de 1880, 1883-1884 y 1886, entre otros estudios reunidos en sus *Obras históricas*.

⁴⁰ William B. Taylor, "The Virgin of Guadalupe in New Spain: An inquiry into the Social History of Marian Devotion", *American Ethnologist*, XIV:1, febrero de 1987, pp. 9-33. Existe traducción al español en esta revista *Historias*, núm. 43 "Nuestra Señora de Guadalupe y Compañía. La virgen María en la colonial ciudad de México", mayo-agosto 1999, pp. 39-50.

⁴¹ Escribe José Joaquín Blanco: "A no pocos lectores sorprenderá la delicadeza, el cariño y casi hasta el fervor con que en muchas ocasiones Altamirano habla del cristianismo, y especialmente del catolicismo de pueblo, al grado de aprobar que de vez en cuando se violen las leyes de Reforma y se permita —mediante componendas y compadrazgos entre curas y funcionarios— alguna procesión o fiesta religiosa pública" (Introducción a Altamirano, *Textos costumbristas*, p. 12).

⁴² Ignacio Manuel Altamirano, *La Navidad en las montañas* (1871), en *Novelas y cuentos*, edición y prólogo de José Luis Martínez, tomo III de las *Obras completas* de Ignacio Manuel Altamirano, edición de Nicole Girón, México, SEP, 1986, t. I, pp. 95-152.

⁴³ José Luis Martínez, "El maestro Altamirano" (1949), en *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*, México, Imprenta Universitaria, 1955; tercera edición aumentada, México, Conaculta (Cien de México), 1993, p. 154.

⁴⁴ José Luis Martínez, "Historiografía de la literatura mexicana desde los orígenes hasta Francisco Pimentel" (1950), en *La expresión nacional*, p. 412.

⁴⁵ Ignacio Manuel Altamirano, "Prólogo" a Guillermo Prieto, *Romancero nacional*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1885, pp. iii-xliv; en *Escritos de literatura y arte* (1949), Selección y notas de José Luis Martínez, tomo XIII de las *Obras completas* de Ignacio Manuel Altamirano, edición de Nicole Girón, México, SEP, 1988, t. II, pp. 262-303; y en Guillermo Prieto, *Romances históricos*, tomo XVI de las *Obras completas* de Guillermo Prieto, edición de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta, 1995, t. I, pp. 13-45.

⁴⁶ Agustín Yáñez, "Primeros testimonios de la mexicanidad", en *Fichas mexicanas*, México, El Colegio de México (Jornadas), 1945; reed., con Presentación de José Luis Martínez, México, Conaculta (Cien de México), 1991, pp. 27-36.

⁴⁷ Este artículo debe mucho al generoso impulso de varias personas amigas. Nicole Girón me regaló hace más de diez años su edición de los *Textos costumbristas* de Ignacio Manuel Altamirano, que incluye *La fiesta de Guadalupe*. Maricela Lara me invitó a dar una confe-

rencia —que finalmente no di— el sábado 9 de diciembre de 2000 en el homenaje a Altamirano celebrado en Tixtla, Guerrero. Mi padre José Luis Martínez me dio el gusto por Altamirano, García Icazbalceta y la historia mexicana.



Portada de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo en la edición madrileña de 1632. Fray Bartolomé de Olmedo se presenta equiparado con Hernán Cortés.